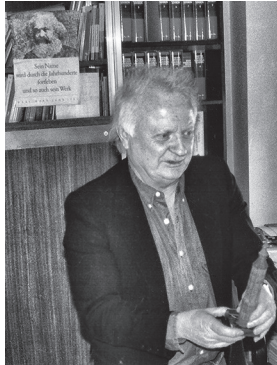


IN MEMORIAM

Benno Hübner (1931-2016)



11

Benno believed in many things: friendship, dialogue, tedium, leisure, the goodness of mankind (especially womankind, I hear him add). And he strongly disbelieved in other things, dogmas, for example, nationalisms, ‘competitive consumerism’, high-handedness in all its shapes and forms... High on his list of good things was the pleasure of conversation, whether in traffic-stopping *capazos* or at *cierzo*-chastised *chaflanes*, art galleries, bars or classrooms. (On occasion it might be difficult to know whether the session was a walkabout class or a pub-crawl). A genuine peripatetic and a true urban *flâneur*, he liked nothing better than to progress through the Casco Viejo, visiting key points and key people, taking the pulse of the city, seeking ‘l’éternel du transitoire’ (as he once put it).

Benno was a born conversationalist and I have often thought that he had something of the Pied Piper of Hamelin magic about him. What he had to say was often not fully intelligible to his audience (it was high-flying philosophy with non-German and non-Latin speakers limping behind), but they/we would ask for more. We instinctively felt that here was a man who when he talked, talked of things very close to him, a man whose life was congruent with what he was saying and consequently what he said was *ipso facto* important.

Towards the end of his life Benno spent more and more time working on Heidegger’s philosophy. Heidegger had been Benno’s teacher and Benno felt that there was unfinished business between them. (In an interview he said that he had

come to bury his erstwhile master). At weekly lunches with Benno we would raise the question (already knowing the answer) “Who is the third who walks *always* beside you?” and he would admit —yes— that he and Heidegger were coming close to a showdown. Eventually the day came when Benno felt moved to stand up in the restaurant and proclaim *urbi et orbi*, arms outstretched “¡El Ser no es – el ser no es!” He added by way of a footnote “¡La Metafísica es Antropología! ¡La Teología es Antropología!” In 2009 Benno wrote *Heidegger, un loco del ser* and his last (unfinished) book was on the same subject. Heidegger at least served us as a catalyst for the exchange of the much prized *Streicheleinheiten*, as an ‘objective correlative’ for many an intellectual excursus.

Benno by all accounts was adept at finding common ground with his students —half and eventually one quarter his age. He and I paradoxically found comfort in the common ground of having both ‘taken part’ in World War II: Britain was blitzed by the Luftwaffe and we children, standing in the blackout, listening to the planes overhead, learned from the drone of their engines to distinguish friend (outward bound Lancaster bombers) from foe (incoming Luftwaffe heavy bombers). Meanwhile, on the other side of the channel, Benno aged 14 was sent with his school to Pforzheim, a zone of relative safety near the French border. In virtue of his age, he was appointed a *Jungenführer* and on the last day of the war, 1945, since he could speak French, he was designated to go to the house where the French officers were billeted, knock politely on the door and then say, loud and clear: “Messieurs, la guerre est finie”.

The war is over: may he rest in peace.

TIMOTHY BOZMAN

A Benno lo conocí en 1992. Entonces ejercía de profesor de lengua alemana para historiadores (¿o era para geógrafos?). Eran los tiempos en que, según Benno, “los que querían aprender aprendían y los que no... aprobaban”. De esta época recuerdo sobre todo los cafés en el bar de la Facultad y que estos iban casi siempre acompañados de conversaciones sobre filosofía alemana. Por su parte, al menos que yo recuerde, sobre Kant. No puedo presumir de haber entendido todo lo que decía. Eso sí que lo recuerdo bien.

Recuerdo el día que lo jubilaron con fecha del día de su cumpleaños (6 de abril). Antes de lo que él esperaba, ya que le habían asegurado que podría terminar el curso académico. La noticia lo sorprendió recién operado del corazón. Cualquiera otro probablemente se habría encerrado con una manta y un brasero en su casa a rumiar su descontento y amargura. Pero alguien que en su niñez había aspirado

a ser Papa no podía reaccionar así. Benno inauguró una nueva etapa en su vida: aprendió ruso, se fue a Rusia (¿o era Bielorrusia?), estableció y revitalizó sus contactos con la intelectualidad y el mundo del arte (bielor)rusos...

Las historias de esta nueva fase son apasionantes y reflejan tanto sus ganas de vivir como su capacidad para hacer pensar a los demás. De esta época es la historia de su brillante intervención en un congreso de Culturología. Creo que no exagero si digo que llegó a ser un referente de la nueva filosofía rusa del post-marxismo. Le gustaba mencionar con orgullo más que justificado que sus obras estaban recogidas en la *Biblioteca de los Filósofos*, junto con los autores rusos consagrados. Benno no fue profeta en su tierra, no. Pero sí más allá de sus fronteras. Este es el periodo más fructífero en cuanto a publicaciones se refiere, y es una lástima que no llegara a ver su último libro traducido al español.

A pesar de sus muchas publicaciones en alemán, español y ruso y a pesar de las conferencias que dio, más que al intelectual y filósofo, en el último Benno yo seguía viendo al niño curioso que en la casa paterna de Moncada y Reixac movió un mueble (con la ayuda de su hermano, eso sí), para descubrir un tesoro inesperado: una pistola y unas fotos en blanco y negro que no entendió hasta muchos años después. Estaba también el casi adolescente al que hicieron formar en el patio del internado al final de la guerra para dar vítores a un Tercer Reich que ya se estaba desmoronando (“zum letzten Mal: Sieg... Heil!... y por delante del colegio veíamos pasar los tanques de los aliados”). Seguía habitando el alumno y exdiscípulo de Heidegger. Un alumno que despertó en cuanto tuvo tiempo (algo bueno tenía que tener la jubilación forzada) y que se dedicó a revisar el concepto del *ser* y el *devenir* en Heidegger; a cuestionar las teorías de su maestro hasta el final. Hasta que finalmente lo “asesinó” (Benno dixit).

Si hay algo que recuerdo de Benno es su capacidad para estar en contacto con la realidad sin dejar de cuestionarla nunca. Y si hay algo que admiro en él es su energía y curiosidad (no solo intelectuales) y su valor al reconocerse vulnerable ante los demás. Es lo que hace que lo eche de menos. Yo, cuando sea mayor, quiero ser como él.

CLARA UBIETO